

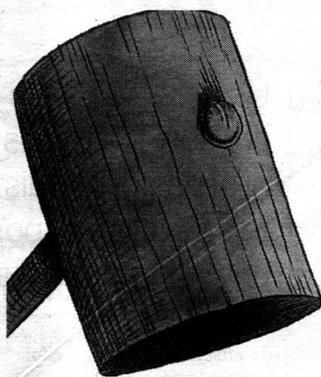
Investigación se escribe con H

JUAN SEBASTIÁN CARRIÓN
Profesor de Biología
de la Universidad de Murcia

Entre 1824 y 1880 vivió en Francia un cirujano llamado Paul Broca que llegaría a ser conocido por liderar la craneometría (medición del cráneo). Uno de sus hallazgos consistió en 'demostrar' que el volumen de la masa encefálica tenía que ver con el valor intelectual. Aunque Broca no se molestó en hacer las correcciones oportunas (edad, causa de la muerte, estatura), la sociedad decimonónica acogió con agrado sus conclusiones, estadísticamente documentadas, de que el cerebro era, en promedio, mayor en hombres que en mujeres, en blancos que en negros, en personas eminentes que en individuos de talento mediocre. Broca fue víctima de un desliz intelectual propio de un misógino con prejuicios de raza, pues el 'cuanto más mejor' no se puede aplicar ni al tamaño de la cabeza, ni al del pene, ni al del coche.

Entre 2005 y 2006 se ha puesto de moda una medida para categorizar la actividad científica, la cual se ha denominado Índice H (h de Hirsch, un físico de San Diego). Índice en mano, muchos se apresuran hoy a aplicarlo, aplicárselo y hacérselo aplicar sin considerar el prospecto de indicaciones. En el caso de algunas comunidades autónomas como la nuestra, ya hemos observado incluso su exposición pública en torno al pertinaz reclamo de una mayor subvención a los 'cerebros' locales, portadores al parecer inesperados, de notable 'índices h'.

El factor H tiene sobre sus inmediatos competidores del Science Citation Reports, la ventaja de una mayor estabilidad temporal. Pero como instrumento, presenta déficits de proporcionalidad. De hecho, para aplicarlo con rigor hay que desarrollar ecuaciones que estimen el H máximo por área, e introducir correcciones para el número de autores y tamaño del grupo. Es conocido, además, que depende linealmente del número de años de actividad y del número de científicos que publican en el ramo. La omisión de estos sesgos explicaría la paradoja de que reputados investigadores en activo aparezcan en los mismos intervalos de puntuación que otros cuyo único experimento ha sido la gestión, o cuyo logro la habilidad de aprovechar sus influencias para mantener una estructura humana subordinada con la que promover el currículum propio. Luego están los males de fondo, comunes a otros índices similares: ignorancia supina de la investigación en ciencias sociales y humanidades, desconsideración del trabajo monográfico, exclusión de los investigadores jóve-



En el caso de algunas comunidades autónomas como la nuestra ya hemos observado la exposición pública del 'factor H' en torno al pertinaz reclamo de una mayor subvención a los 'cerebros' locales

nes, de los grupos pequeños y de los que acometen proyectos arriesgados. En la ciencia hay muchos territorios sin cartografiar porque suponen aventuras poco rentables en la atmósfera meritocrática dominante. En suma, el factor H, como medida de valor de un científico, no atiende ni a la verdad, ni a la razón ni a la justicia. Entre otras cosas, porque no fue creado para tales fines.

Habrá que explicar entonces por qué el índice H está provocando exhibicionismos compulsivos. Parece como si una especie de guerrilla local estuviera fabricando méritos a base de golpes mediáticos, tratando de aderezar con implicaciones lógicas sus ambiciones de control. Es como si se tratara de invadir, con sigiloso estilo jacobino, el espacio público de financiación. Algo así como cierta forma gótica de conjura entre quienes escriben sobre ciencia y quienes dicen hacerla. Lástima que buena parte de la opinión pública se

tragará sus falsas verdades y que algunos políticos, atolondrados por las bondades del catecismo cuantitativo y por la insistencia machacona de sus apóstoles, caerán en la ilusión cognitiva de que hay una élite que está siendo maltratada.

A la luz de los tests de inteligencia de nuestros días, las ideas de Broca pueden parecer disonantes, pero bien es verdad que dominaron la antropología de su época y de buena parte del siglo XX. Más gravemente, sus mediciones sirvieron de pretexto para que algunos contemporáneos publicaran en revistas científicas artículos como el de Gustav Le Bon (1879) del cual me permito un extracto: "Sin duda, existen algunas mujeres distinguidas, muy superiores al hombre medio, pero resultan tan excepcionales como el nacimiento de cualquier monstruosidad, por consiguiente, podemos olvidarlas por completo"... "El deseo de darles la misma educación y, como consecuencia, de proponer para ellas los mismos objetivos, es una peligrosa quimera".

El problema es que la historia tartamudea. Cualquier científico debería saber que los números, por sí mismos, no especifican nada, por muy meticoloso que sea el recuento. La evaluación científica requerirá siempre de la moralidad de aquellos cuyo prestigio no necesite ser medido con ecuaciones. El índice de turno podrá ser de muy fácil aplicación, pero la equidad se nos escapará como un pez entre las manos. Como bien entendió Shakespeare (*Macbeth*, acto I, escena IV), "no existe arte para encontrar la construcción mental en la cara".